

- O NEILL Y DOMÍNGUEZ (eds.) *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesus*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 2001.
- PIÑAL, A. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid, CSIC., 1983.
- POLGAR, L. *Bibliographie sur l'histoire de la Compagnie de Jesus de Polgar (1901-1980)*, 3 Bde., ROM 1901-1980
- SOMMERVOGEL, C. *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus*. 11 vols., Bruselas-Paris. 1980-1932.
- TIETZ, M Y BRIESEMEISTER, D (eds.) *Los jesuitas españoles expulsos: su contribución al saber sobre el mundo hispánico en la Europa del siglo XVIII*. Berlín, Vervuert-Iberoamericana, 2001

Nicolás HERNÁN PERRONE,  
Universidad de Buenos Aires

ROBERT C. ALLEN, *The British Industrial Revolution In Global Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, 331 págs. ISBN 978-0-521-68785-0

¿Pudo tener lugar la revolución industrial británica del siglo XVIII en un lugar distinto a Inglaterra? Esta es la cuestión a la que se enfrenta el profesor Allen a lo largo de su libro y a la que concluye dando una respuesta negativa, basada en las circunstancias excepcionales que se dieron en la Gran Bretaña de los siglos XVII y XVIII, y que repasaremos en la presente reseña.

Dentro de nuestra historiografía los temas relacionados con la Revolución Industrial han sido un campo más transitado por los especialistas en contemporánea que por el modernismo. Su cronología y características en nuestro país lo explican en parte. A pesar de ello, debemos de señalar que el proceso que desemboca en la Revolución Industrial es gestado, cubre la mayor parte de su desarrollo y descansa sobre descubrimientos científicos y desarrollos técnicos logrados en los tiempos modernos. Podemos basarnos en la cronología que abarca la obra, 1500-1870, para sostener nuestra afirmación de que si hablamos de Revolución Industrial estamos hablando de Historia Moderna.

El libro que estamos comentando goza de dos de las características que tanto apreciamos los amantes de la literatura científica anglosajona. En primer lugar, el empirismo, el magnífico recurso de hacer descansar sobre la verificación factual cualquier análisis o construcción teórica y el escepticismo con que son manejados los datos, las teorías y hasta las propias conclusiones del libro. En segundo lugar, su estilo directo y sencillo, alejado de cualquier engolamiento, para el que el inglés es tan apropiado, y que es capaz de combinar el rigor con la claridad en la exposición y hasta con el buen humor, lo que redun-

da en una lectura entretenida, sin dejar de ser didáctica y científicamente relevante.

Robert C. Allen, profesor de Historia Económica en la Universidad de Oxford, ha dedicado la mayor parte de su trayectoria investigadora al estudio del éxito de las transformaciones agrícolas experimentadas en la Inglaterra de los tiempos modernos, aunque también se ha ocupado con éxito del proceso industrializador soviético («Farm to Factory: A Re-interpretation of the Soviet Industrial Revolution», Princeton, 2003, Princeton University Press, ganadora del premio Ransky de la Asociación de Historia Económica en 2005). En la primera década de este siglo ha ampliado su interés hacia otros aspectos de la historia económica del Reino Unido centrándose en el estudio de los salarios en Inglaterra y su evolución diferencial con otras partes del mundo.

Como resultado concreto de dicho interés y estructurando diversos artículos científicos y una amplia revisión bibliográfica, el autor presenta un texto que revisa el complejo proceso de la Revolución Industrial. Lo hace, como indica el título, con un punto de vista que no se reduce a Inglaterra, sino que es relacionado con otras partes del mundo para lograr una explicación satisfactoria a la pregunta planteada.

El libro consta de once capítulos, que se organizan en un capítulo introductorio y dos partes bien diferenciadas. En la primera se explora la economía preindustrial, y como su expansión y crecimiento establecieron los supuestos sobre los que se basó la Revolución Industrial, para adentrarse en su segunda parte en el estudio de sus elementos característicos en Inglaterra, como la máquina de vapor, la producción de tejidos de algodón o la metalurgia del coque, respuestas al contexto socioeconómico británico y que propiciaron el desarrollo industrial posterior, a diferencia de otras innovaciones técnico-científicas foráneas, -el autor cita la industria francesa del cristal o del papel-, que no impulsaron la maquinización del sistema productivo.

La tesis del libro partes de que hay unos supuestos que se dan en Inglaterra, pero no solamente allí. Sobre todas ellas el autor las califica como condiciones necesarias, pero no suficientes, para la emergencia del proceso industrializador. Son el cambio social producido por el fin de la sociedad feudal, la revolución agrícola, la garantía de los derechos de propiedad y el desarrollo de las instituciones capitalistas, el aumento del comercio internacional y la emergencia de una economía globalizada, la aparición del consumismo como un fenómeno social generalizado, el desarrollo científico, técnico y cultural promovido por, o que desemboca en la Ilustración y el cambio de la estructura demográfica europea con la modificación de la natalidad y costumbres matrimoniales.

Merece la pena detenerse sobre las consideraciones que el profesor Allen realiza sobre dos justificaciones relevantes que siempre han sido usadas para explicar la singularidad británica en la industrialización. El autor lo hace para desmontar dichas explicaciones, rechazando sus argumentos.

La primera de ellas la que hace referencia a una supuesta superior racionalidad occidental. Esto entronca tanto con el efecto beneficioso que la ética protestante tiene sobre el desarrollo del capitalismo, la archiconocida tesis de Max Webber, cómo con las tesis que afirman una menor racionalidad de los métodos de cultivo desarrollados por los agricultores de los países menos desarrollados o de los tiempos medievales. El profesor Allen nos recuerda que tanto la Historia cómo la Economía han rechazado ambos extremos por su inconsistencia con los procesos de verificación llevados a cabo, ya que dicha correlación protestantismo-capitalismo no se da ni en el siglo XVI ni en la actualidad y los estudios empíricos han demostrado que los campesinos de los países en desarrollo son tan racionales como sus equivalentes en el mundo desarrollado.

Por otra parte, y esta afirmación es de más recorrido, aquélla que afirma que la aparición del régimen parlamentario, que servía como contrapeso del poder real aseguraba los derechos de propiedad propiciando el desarrollo del capitalismo y con él, de la industrialización. En realidad se trata de una explicación que busca en la limitación del poder del Estado la explicación del desarrollo económico. El autor nos hace notar que si bien los parlamentos ingleses pueden guardar relación con el fenómeno tratado, no se puede sacar una relación directa entre la salvaguardia del derecho de propiedad y el desarrollo económico, antes bien al contrario, arguye que en la Francia del siglo XVII los derechos de propiedad estaban tan garantizados, mejor en realidad, que en la Inglaterra coetánea.

Se ponen como ejemplo los proyectos de irrigación de la Provenza francesa que no pudieron llevarse a cabo por la singularidad jurídica del Antiguo Régimen francés, en oposición a los proyectos de canalización en Inglaterra que sí que se realizaron, gracias a las facultades del Parlamento de Londres de Londres para imponer estas decisiones. Según esta interpretación es la consolidación de una soberanía ilimitada la que propicia el progreso económico y técnico, no la limitación del poder estatal, lo que quizás constituya uno de los puntos más sugestivos sobre los que el libro nos invita a hacer una reflexión.

Naturalmente el autor ofrece la explicación de los extremos que, a su juicio, explican y contestan a la pregunta inicial. La Revolución Industrial tuvo lugar en Inglaterra y no en ninguna otra parte del mundo por la concurrencia de dos factores, altos salarios y energía barata.

El profesor Allen dedica el capítulo 2 a realizar diversos estudios comparativos de los salarios reales en la Inglaterra de los siglos modernos con los de otras partes de Europa y Asia, ofreciendo datos que sostienen unos salarios británicos superiores a los de cualquier otra parte del mundo. Según las tesis del autor, los altos salarios propiciaron diversos fenómenos que impulsaron el crecimiento económico. Una vez superados los mínimos de subsistencia, se dieron excedentes que fueron invertidos en formación, lo que fue determinante para la generación de capital humano; la consecuente aparición de ahorro y de capitales en búsqueda de

instrumentos de inversión; una modificación al alza en los hábitos de consumo. Aún así, lo más importante es que el alto precio del factor trabajo hizo económicamente viable y atractiva la búsqueda de elementos que sustituyeran el trabajo humano, más que en otras partes del mundo, donde los salarios comparativamente más bajos no ofrecían esa relación coste/beneficio para impulsar inversiones y desarrollos en maquinaria.

El carbón era relativamente abundante en la Inglaterra de los siglos modernos y por tanto, barato. Además, las transformaciones agrícolas habían favorecido el desarrollo de centros urbanos muy poblados, que por la latitud de las Islas Británicas, necesitaban de una fuente de energía eficiente y barata para cubrir sus necesidades de calefacción. Este proceso logró mejorar, lógicamente, la extracción, la distribución, y la investigación sobre la eficiencia del uso del carbón.

La concurrencia de ambos factores, salarios altos y energía barata sentaron eficazmente las bases del proceso industrializador desde el momento en que resultaba económicamente viable, sustituir mano de obra por máquinas, aun todavía arcaicas. En otras partes del mundo no resultaba beneficiosa, puesto que los bajos salarios y/o la escasez de minerales combustibles, desaconsejaban tales inversiones.

Cuando el desarrollo de la tecnología y la evolución de las otras variables fueron cambiando esta ventaja comparativa, señaladamente en la segunda revolución industrial, otras zonas del mundo, -Bélgica, Alemania, EEUU, etc.- se incorporaron con éxito al mundo industrializado, superando incluso a la vieja Inglaterra.

El libro forma parte de la colección «Nuevas aproximaciones a la Historia Económica y Social», un proyecto para proporcionar guías y manuales sobre tales temas a estudiantes, graduados y profesionales universitarios. Como tal, hace un repaso a las interpretaciones y teorías que se han dado sobre el proceso industrializador, unas veces para rechazarlas y otras para apoyarse en ellas, pero siempre con rigor y de una forma metódica y exhaustiva, además de ofrecer su propia tesis sobre el cómo y el porqué del proceso industrial británico. Por todo ello el libro trasciende de su valor de manual para tomar el valor de lo que es, un libro de Historia, así escrito, con mayúsculas.

Para terminar, y resumiendo, se trata de una obra muy interesante, que se ocupa de aspectos que quizá no hayan sido divulgados ampliamente en nuestro país y que por la sencillez y claridad de su exposición lo convierten en una lectura muy recomendable para todos los estudiantes, especialistas, o sencillamente interesados en Historia Moderna o Económica.

Julio L. ARROYO VOZMEDIANO

UNED, Departamento de Historia Moderna